

GRACIAS A ESE CINE, ESTOY AQUÍ.- Amelia Bence

● Desde la filmación de aquella cinta, *Los ojos más lindos del mundo*, mucho ha llovido, cierto. Pero ocurre que aún no ha escapado la juventud de los ojos de la actriz, esta Amelia Bence que sabe muy bien esto y por eso, pienso, llena de filigranas su mirada.

Gentil y parlanchina —mientras suspiraba por tomarse un cortadito porteño en el Hotel Nacional—, se dejó enredar por la urgencia periodística, regaló unos minutos y hasta correspondió a los saludos alegres que algunos le dieron al reconocerla como una de las figuras que contribuyeron a firmar toda una época del cine latinoamericano décadas atrás, con títulos como *Lauracha* (1942), *Alfonsina*, *La dama del collar* y *Todo un hombre*.

Ante la primera interrogante, la mirada clara escolta una traviesa respuesta-reproche:

—¿Cómo que si me mantengo todavía como profesional! ¡Claro que sí, querida! Trabajo continuamente, hago televisión y teatro. La televisión me interesa muchísimo y me resulta hasta cómoda, vamos, me va bien. Hace bastante que no trabajo en cine... No me ha interesado nuevamente ningún papel. Pienso que hice un cine importante, sobre obras de autores importantes, como Víctor Hugo y Unamuno. Me gustó. Yo hice el cine que quise, realmente, claro, después de los primeros tiempos... Mi debut fue en *La fuga*, tres apariciones, haciendo de una chica pituca, en un elenco donde estaba Tita Merello. Pero desde los seis años actuó.

Vivía en la calle Paraguay 2221, Buenos Aires. Una familia vecina era la de Paulina Singerman, y por embullo de esta artista comenzó en el teatro infantil *La Verbena*. ¿Su primer poema aprendido? *Los dos conejos*, y se lo



Si la juventud anida en los ojos, Amelia Bence la tiene atrapada.

enseñó Berta Singerman (pero no le pregunte cuál fue su última película, confiesa no acordarse ni siquiera si fue un drama o una

comedia).

Cuando respiró el aire de la actuación, supo que por ahí le crecía la vida. Era la menor de siete hermanos y al principio no vieron bien su deseo de dedicarse al arte. Pero ella estaba segura. No se equivocó. Primero integró un cuerpo de baile y luego su inicial parada ante una cámara. La filmografía empezaba a tejerse para ella, esa Amelia Bence memorable que tanta sensibilidad conmovió con su interpretación en *Todo un hombre*, adaptación de la noveleta de Unamuno, película de las tantas argentinas que nutrieron un largo trecho nuestra TV, en un espacio vespertino que se adueñaba de los hogares.

—Ahora estoy preparando un ciclo de televisión, siguiendo la línea de otro que mantuve durante cinco años y se llamaba *Las 24 horas*. Tenía historias muy diversas. Cada semana yo era un personaje bien diferente... Y si

me aparece por ahí algún teatro bueno, lo acepto. El último teatro lo trabajé hace más de un año. *Sólo 80* era el título. Además de actuar en Buenos Aires, lo hago en Perú.

¿Nostalgia al volver la vista a aquellos años 40 y 50 en la pantalla ancha? Pequeñísimo es el relámpago que nace en sus ojos... Rotundamente dice que no. Afirma no vivir de recuerdos, sino del presente y del futuro. Aquel cine, subraya, es parte de su vida, indiscutiblemente. La memoria se empecina en anotar más tantos y comenta que se trajo a La Habana una medalla que recibió de parte de admiradoras cubanas, maravilladas con su filme *La dama del collar*. Varios premios se ganó la Bence con su trabajo actoral.

Gracias a ese cine, ahora estoy aquí, ¿no? Por él, también he visitado otros países. Por ese cine.

● Rosa Elvira Peláez
Foto: Ernesto Calderín